

alusiones a las plantas, a los elementos predominantes del diseño, entre otras.

Un libro para mirar y admirar, para volar y visitar con los ojos y la memoria otros espacios, otros tiempos. Para soñar, para recrear el espíritu, para evocar sensaciones, presencias, palabras. Un paseo por el paraíso. "Un jardín es un cuerpo vivo, que recorremos con asombro. Lo definen la vista, el tacto, un aroma inconfundible, una hierba que se nos enreda en la botamanga del pantalón. Como Dafne, el jardín quiere atraparnos" (pág. 17).

Hoy en día, entre los habitantes de nuestras grandes ciudades, con su clara tendencia a reducir los espacios de las viviendas, quienes pueden disfrutar de un jardín privado son cada vez más pocos. Por eso, la importancia de mantener, rescatar y fomentar los jardines públicos: en los parques —paradójicamente ausentes en este libro: sin ninguna ilustración y con una brevísima mención en las págs. 219-221—, en los museos, en los sitios históricos, en los predios universitarios y, especialmente, en los jardines botánicos. Algunos sitios históricos (v.g., la Quinta de San Pedro Alejandrino en Santa Marta, págs. 174-175, la Quinta de Bolívar en Bogotá, págs. 30-33) y museos (El Chicó, págs. 10, 22, 34-37) se muestran en el libro; los demás no reciben la atención que merecen. De los jardines botánicos mencionados, el de Bogotá (págs. 42-43), el de Medellín (páginas. 130-131) y el de Cartagena (págs. 184-187), los dos primeros ni siquiera aparecen con sus nombres completos: Fundación Jardín Botánico José Celestino Mutis y Fundación Jardín Botánico Joaquín Antonio Uribe, respectivamente. La pobre mención de estas instituciones demuestra la enorme vigencia, en nuestro medio, de esa tendencia a construir los jardines de puertas para adentro, en espacios privados. Extraña mucho la falta de reconocimiento de la importancia de estas instituciones, las cuales, a pesar de las dificultades financieras, logran desempeñar vitales labores de investigación, especí-

ficamente "botánica", como lo indica su nombre, y desempeñan un papel fundamental en nuestra sociedad al brindar sana recreación, esparcimiento, divulgación de conocimiento y fortalecimiento de la identidad cultural.

Visitar un jardín es mucho más que recrear la vista en un sitio agradable. Es abrir las puertas a la imaginación, es fomentar el crecimiento integral de las personas... es una experiencia de la cual nadie debería privarse.

ANA CATALINA LONDOÑO
VEGA

La adolescencia no suelta sus espejos

La casa de memoria

Jotamario Arbeláez
Premios nacionales Colcultura,
Bogotá, 1996, 130 págs.

En la librería de la Universidad de Washington, donde se vende de todo (como en una farmacia que se precie), hay una sección —una esquina, más bien, entre las biografías y las novedades— dedicada exclusivamente a los poetas *beats*. Ginsberg ya se fue, lo mismo que Corso; y el único que todavía da la batalla es Ferlinghetti, aunque ya está jugando los descuentos... El estante de los *beats* tiene también de todo, hasta lo inimaginable: los libros de poemas del grupo (al que le siguen saliendo brotes como si fuera un árbol mágico); los libros de prosa narrativa —o activismo de índole diversa— del grupo; los libros de memorias, recuerdos, miscelánea, del grupo; los libros de crítica sobre el grupo y aquellos volúmenes dedicados a la chismografía pura, con imágenes fotográficas (álbumes hasta de los baños de los bares donde dejaron sus *graffiti* de regular ingenio y bien poca poesía); los libros que son transcripciones de

charlas grabadas en una taberna; los libros de hipérbolos románticas sobre algún miembro del grupo; las biografías de cada uno, y cada uno tiene más de una biografía en su haber (piénsese no más en Ginsberg y Kerouac, acaso en Burroughs). Libros y libros. De esta vasta colección de anécdotas y arqueología literaria, bien puede uno eximirse del noventa y cinco por ciento; eximirse sin problema ni, menos aún, sentimiento de culpa literaria.



Con el nadaísmo colombiano sucede algo parecido, claro que a menor escala: a escala latinoamericana. No vale la pena entrar en detalles. Como agitador y prosista, Gonzalo Arango fue simplemente extraordinario; como poeta, un versificador de humildes condiciones. Los poetas del nadaísmo se llaman Jaime Jaramillo Escobar y Jotamario. Tener, entonces, a dos escritores de esa talla no es moco de pavo. Enhorabuena por el nadaísmo, que les dio, si no la luz, una linterna mágica para pernoctar en un mundo (Cali o Medellín) reacio a la palabra que se libera y canta lo suyo, que resulta ser lo más viejo en estado de novedad.

Jotamario ganó con *La casa de memoria* el premio nacional de Colcultura de 1995. Es un libro valioso por donde se le mire (sobre todo si uno lo mira globalmente), aunque no todo lo que brille tenga un esplendor que sobrepase la anécdota casera (el profeta ha vuelto a la morada, y en el caso de Jotamario es también su lenguaje más feliz). *La casa de memoria* es, sin duda, un libro gozoso. Su título juega, por lo menos, con dos significados: la me-

su devocionario, está *Cadena de los amores imposibles*. Citemos al calce un fragmento:

Yo mismo les he escrito unos
[cuantos versos, verdaderos
[trasuntos de trovadores,
apuestos versos viriles si bien
[un tanto mendicantes,
y los he hecho publicar
[sobornando al clérigo
en la hojita de la parroquia.
[Camuflado entre el coro
las espío en la misa los
[domingos
a ver si aflora algún rubor en
[la cima de sus mejillas,
pero ellas usan de abanico mis
[metáforas desdichadas
pues no comulgan con mi
[estilo.

[...]
Las invito a la ópera y cuando
[despierto en la luna de las
[plateas
se han ido bien con los tenores
[o los tenorios de la escena...
[págs. 109-110]



Muy buen toque de humor. Pero esta falta de autocompasión del protagonista, insisto, forma parte de su estrategia sentimental. Hay una zona nunca saciada, no satisfecha: mujeres inalcanzables y mujeres independientes. Y cuando se presenta la ocasión, el sujeto se constriñe detrás del escudo moral:

“¿Quisiera subir a mi
[habitación, esta noche,
después de las once, en el tercer
[piso,

puerta número 33? Encontrará
[la luz apagada
pero estaré esperándolo. Tenga
[cuidado
de que no vayan a verlo los
[demás camareros.
Mi esposo tuvo que salir
[corriendo
a Bucaramanga. Venga. No se
[arrepentirá”.

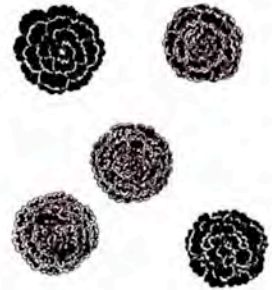
—¿Qué se creen estas putas?
[pág. 77]

Un texto como *Amigos* nos revela que el sujeto-personaje en cuestión se ha constituido a sí mismo (suponemos que es uno solo a través de las cuatro partes del libro) con una autorreflexión sincera: es pícaro con ganas. Su amoralidad lo desenmascara; al mismo tiempo, la calidad y cierta ternura en el poema lo redimen al reducir el sarcasmo empleado. Espejismo del conocerse:

Amigos he tenido que dormían
[en el suelo para que yo libara
[una luna de miel sin eclipses.
He tenido en mis años amigos
[que ponían su pecho a las balas
[que arañaban mi espalda,
que se hacían pasar por mi
[sombra cuando no me daban
[de baja.
He tenido amigos lejanos que
[aún sacan por sus calles a
[caminar
[mis ojos para que no se
[apaguen mis pasos.
Amigos que sumados hacen ese
[total en mi espejo.
Ah mis amigos,
daría la vida por ser ellos.
[pág. 104]

Ésta es la gran disyuntiva del arte. Construir una morada que, en última instancia, sirva al menos de refugio para el lenguaje. Cada sección empieza con una prosa que no es explicativa en el sentido racional, sino que se propone marcar un ritmo interno a lo que viene. En *Estancia primera: La casa de memoria* hallamos una crónica familiar en verso, de lectura amena en general; pero si uno pide poemas individuales, muchos se desbaratan. No así los

chispazos en el interior, eficaces como pocos². *La corte del cortador*, referido a la imagen paterna, es un ejemplo de crónica con subidas y bajadas y momentos de grata recordación³. *La noche mil y dos*, en cambio, se lee como uno de esos textos que solían escribir los poetas modernistas en los periódicos de la época, ocultando levemente el tema y los protagonistas; al menos Valdelomar, en el Perú, empleando como telón de fondo una China imaginaria, se “permitía” hablar de los intrínsecos políticos nacionales. Los textos de la *Estancia segunda: San Nicolás School o el hijo del señor Reina* siguen la misma pauta, pero referidos a la educación escolar. Interesantes como crónicas de aprendizaje, son en su mayoría un tanto débiles como poemas. Pero las dos estancias finales, *Culito de rana* y *Cadena de los amores imposibles*, se encargan de jalar el agua al molino del deslumbramiento verbal⁴. Aquí el protagonista supraexpresivo no para mientes en que el ser humano vive de contradicciones, aunque la verosimilitud literaria tenga otras leyes. La interdicción no parece haber sido imaginada en beneficio de este sujeto⁵.



Cerremos el círculo (quizá las filas) con el poema *Acoso sexual*, en el que la ironía se concentra, la palabra dicha (en su acepción dual: verbo y sustantivo) se sitúa en otro saber poético. Si relacionamos esta concisión con la oralidad que el nadaísmo exagera —comprobada en todos los poetas y prosistas del grupo: explosión verbal, chorros del vitalismo—, llegaremos a los lazos que tienen que ver también con la

producción literaria como desbandada continua y ajuste de la expresión:

1
*Cuando ella habla dormida
me tapo los oídos
para que no despierte
sospechas*

2
*El sexo
es el camino
más corto
de un corazón
a otro*

3
*El amor
es eterno
mientras dura*

4
*Se escriben muy bellos versos
sobre el amor
a veces más bellos
que el amor mismo*

5
*Sería monógamo
de mil amores*
[pág. 89]



Frente al despilfarro verbal, a su exceso, tenemos la pasión controlada (me refiero a la pasión del lenguaje). En ese sentido la metáfora geológica es útil: las palabras residuales han sido escasas en el movimiento que, como un picolino *big bang*, estalló en el Medellín de fines de la década de los cincuenta. Residuo decantado versus glotonería

romantica. Pero este libro de Jotamario es una de las poquísimas crónicas poéticas que trabajarán contra el tiempo, pues no parece entregarse, a ojos cerrados, al manotazo del tremendo y único justiciero. Ese implacable guardián de la poesía: ángel, reloj de arena.

EDGAR O'HARA
Universidad de Washington
(Seattle)

¹ Comparemos, por ejemplo, estos versos... *cigarrillos que él llevaba al cuarto de la abuela y los metía bajo la almohada de mi cama para que toda la familia fuera sacando y encendiendo su cáncer / y es así como fui tomando esta cabeza de cajetilla que ostento más bien redonda / y que nunca he fumado pucho* (El tío Emilio..., pág. 14) con los siguientes: *...penando en lo maravilloso que debes haber pasado en la isla, / en los regalos que te han hecho, en las caricias que de pronto, / me fumo un cigarrillo yo que no fumo, uno tras otro...* (Cada que salgo..., pág. 79).

² *Mis inconscientes seis años o el viento con el codo / o la mano de las tinieblas provocaron el derrumbamiento del cabo / y la vela encendió el ángel que puso fuego al dormitorio, / fuego que hablaba lenguas ante mis ojos ardorosos, / fuego que no lograba dominar con mis lágrimas. Yo gritaba llamando a mis padres a quienes el viento se llevaba muy lejos...* (Pasto de llamas, pág. 19); *pegado todavía a las faldas de mi madre, en esos días interminables en que ni una sombra de sol pasaba por casa / oí de los sufrimientos del hombre que ama. Yo del amor sólo tenía / vagos recuerdos de lactancia...* (La flecha incendiada, pág. 20).

³ Al respecto, véase "Poesía: hogar, dulce hogar", mi reseña sobre *El profeta en su casa. Paños menores*, reeditado en 1988, en Boletín Cultural y Bibliográfico de la Biblioteca Luis Ángel Arango, Bogotá, vol. XXV, núm. 17, 1988, págs. 134-139.

⁴ Con las mismas sorpresas señaladas antes... Brillos inesperados y dispuestos a darle otro giro al poema: *Cuántas veces te tengo que decir que no dejes encendidas las velas / pues las estampas de los santos son infernalmente inflamables...* (pág. 83); *Tuve en mi juventud relación con amores que me doblaban la espalda / y con amores que tenían un secreto tan guardado que se les salía por los ojos / amores que bailaban la danza de las tijeras / amores que cambiaban de nombre cuando se apagaban las luces...* (El amor en escena, pág. 113).

⁵ Por ejemplo, en *El príncipe de los poetas* esa voz se plantea la seducción de una colegiala (tema que ya rondaba *Mi reino por este mundo*); pero al mismo tiempo esa voz declara en *Venganza china: El pisaverde que perjudicó a mi hermanita en una piscina se ahogó en Juanchaco...* (pág. 126).

El cielo a cuestras

Antología desnuda

Henry Luque Muñoz

Golpe de Dados, vol. XXV, núm.

CXLVIII, Bogotá, julio-agosto de 1997

Veinte poemas en un lapso similar de años, o tal vez mayor. Veinte poemas que se defienden solos. Veinte poemas que son más que una simple recopilación o antología, pues si hay épocas culturales en cuanto a estilos y formas artísticas, también las hay de la persona y su escritura. Estos veinte poemas provienen de *Sol cuello cortado* (1973), *Lo que puede la mirada* (1977), *Libro de los caminos* (1991) y *Polen de lejanía* (inédito para el 97, publicado en 1998).

Henry Luque Muñoz les pone el signo de su tiempo en la dedicatoria: el positivismo del ayer, en Carlos Arturo Torres; el evangelio revolucionario, en Camilo Torres Restrepo. Y bien, a esa época de la escritura (ideología transfigurada) nos encaminan estos poemas. El autor ha vivido, además (dato decisivo para entender el marco histórico, no los poemas de manera individual), los tiempos del cambio político del este de Europa. Su segundo libro sobre autores rusos veía la luz cuando la Unión Soviética dejaba de ser un socialimperialismo (al decir del partido comunista chino hasta 1976; es decir, pre Banda de los Cuatro...) y recuperaba, para bien o para mal, el rostro antiguo de la Madre Rusia¹. En la presentación del libro de 1989, dice H.L.M.:

Quisiera que este balance fuese el conducto capaz de transmitir rasgos esenciales de aquellos gran-